



Jeff

Gillette Narrative — Nando el Escriba

gillettenarrative.com

Nada está terminado hasta que llega.

Una canción existe desde el momento en que se escribe, pero solo importa en el instante en que alguien la escucha. Una cura existe en el cuaderno de un laboratorio, pero solo salva vidas cuando llega al estante de una farmacia en un pueblo que ninguna persona importante ha visitado jamás. La creación es la chispa. La distribución es el fuego que se propaga.

Jeff no inventó el comercio. No inventó los libros, ni el envío de mercancías, ni siquiera internet. Lo que comprendió, antes y con más plenitud que casi nadie, fue que el futuro no pertenecería a quienes fabricaran más cosas. Pertenecería a quienes acortaran la distancia entre desear y tener.

Ese es un tipo de poder extraño. No se anuncia. Nadie erige un monumento a un camión de reparto. Nadie escribe un himno a un almacén. Y, sin embargo, los almacenes ejercen hoy más influencia sobre la vida cotidiana que la mayoría de los parlamentos.

Y aquí está la parte que inquieta a la gente, si la piensa el tiempo suficiente: a la distribución no le importa qué distribuye. Mueve poesía y propaganda con la misma indiferente eficiencia. Hace circular medicina y desinformación por la misma tubería. El

canal no tiene conciencia: solo caudal. Lo que significa que el verdadero peso moral de esta época no recae sobre los fabricantes, sino sobre quien controla la puerta.

Durante la mayor parte de la historia, quien poseía la tierra poseía la riqueza. Luego, quien poseía la fábrica poseía la riqueza. Ahora, quien posee la ruta —el algoritmo, la plataforma, la última milla— posee algo que ni siquiera el dueño de la fábrica tuvo jamás: el poder de decidir qué verá hoy la mayoría de la gente, y qué no verá nunca.

No es un poder pequeño. Es la forma más reciente de uno antiguo, y merece ser observado sin adoración ni pánico.

Hay un costo enterrado en toda esta comodidad, y no recae sobre el cliente. Recae sobre el creador, en silencio, una negociación tras otra. Todo creador que quiere llegar a todos descubre tarde o temprano que «todos» tiene un precio, y ese precio se paga en control. Conservas la idea. Cedes las condiciones.

He pasado suficiente de mi propia vida moviendo cosas —productos, confianza, personas, historias— a través de fronteras e idiomas como para saber que esto no es cinismo. Es simplemente la forma que tiene la escala. Nada crece más allá de cierto tamaño sin empezar a rendir cuentas a algo ajeno a sí mismo.

Así que esta es la carta de Jeff. No el almacén. No el algoritmo. Ni siquiera la fortuna.

El poder de la distribución: la fuerza silenciosa y no celebrada que decide, cada día, qué historias terminan su viaje y cuáles mueren en el cajón.

Ferdinando